

LA EDUCACIÓN DIVERGENTE COMO PARADIGMA EN TIEMPOS DIFÍCILES

DIVERGENT EDUCATION AS PARADIGM IN DIFFICULT TIMES

Elys Rivas

rielys@hotmail.comelysrivas429@gmail.com

ORCID 0000-0003-3339-7502

Universidad Pedagógica Experimental. Extensión Académica. Guanare. Venezuela

Recibido: 15/04/2020 - Aprobado: 13/07/2020

Resumen

En la evolución histórica de las distintas sociedades –primitivas y modernas- la figura de la educación siempre ha estado presente. Toda explicación debe ser fácil de entender y el educador divergente tiene que hacer el esfuerzo de no intimidar, simplificar y ayudar a crecer al alumno para alcanzar y desarrollar, la excelencia académica del sujeto de la nueva época. Esto se hace bajo un nivel descriptivo con enfoque sociocrítico en el contexto de un modelo epistémico hermenéutico. Con el propósito de repensar cuál será el rol de la escuela en la sociedad del siglo XXI que ofrece una nueva lógica cultural. Y enseñar cómo desarrollar la creatividad para incentivar la imaginación y así poder repensar los grandes relatos.

Palabras Clave: educación, divergente, pensamiento, convergente.

Abstract

In the historical evolution of the different societies –primitive and modern- the figure of education has always been present. Every explanation must be easy to understand and the divergent educator must make the effort not to intimidate and simplify and help the student grow to achieve, develop, the academic excellence of the subject of the new era. This is done under a descriptive level with a sociocritical approach in the context of a hermeneutical epistemic model. With the purpose of rethinking what will be the role of the school in the society of the 21st century that offers a new cultural logic and teaching how to develop creativity to simulate the imagination and thus be able to rethink the great stories.

Keywords: education, divergent, thought, convergent.

A manera de consideraciones iniciales

La educación es un asunto de hombres. Y así lo reconoció Velasco (1970) cuando señaló: *“La educación es una actividad intencional del hombre y para el hombre en estado de desenvolvimiento, con objeto de prepararle para la vida”* (p. 19). Un tema de profunda raigambre social y parte de la responsabilidad de todo gobierno –más allá de la crisis del Estado- en cuanto a lo que a políticas públicas se refiere. La historia de la humanidad así lo ha reflejado en su evolución y la ha tenido como punto fundamental dentro del desarrollo de cada Estado. Incluso es vista como el derecho que tienen todos los ciudadanos de un país a que se les brinden y faciliten todos los medios para que puedan desarrollar no sólo sus aptitudes sino tener una mejor calidad de vida. De hecho en los países de democracias occidentales sirve como mecanismo de ascenso social.

Pero el hombre no es un ser realizado, sino un ser para la realización. Considerado que no es nada (Sartre, 1984, p. 80; Heidegger, 1990, p. 335). Que sólo es posibilidades. Una hoja en blanco en la que hay que ir diseñando al ciudadano que toda sociedad anhela como parte del proyecto político que propone cada gobierno. De modo que la escuela termina siendo el puente entre la sociedad y el Estado para que los hombres aprendan a socializar y poder vivir juntos organizadamente. Lo que confirmó Briceño Guerrero (2007) al señalar: *“A medida que crece y se integra a la vida colectiva mediante la educación –espontánea o sistemática-, el hombre hereda los bienes y valores de la cultura a que pertenece”* (p. 14). Vista así se debe entender que la escuela tiene un fin distinto al que le han querido dar hasta ahora, lo que obliga a repensar ¿cuál va a ser el rol de la escuela en la sociedad del siglo XXI que ofrece una nueva lógica cultural? Idea nada descabellada dado que Drucker

(1995) también lo reconoció afirmando: *“Más importante será repensar el papel y la función de la escolaridad y de la escuela; su contenido; su foco; su propósito; sus valores”* (p. 215).

Una sociedad considerada como del conocimiento donde la visión que se tenía de la educación en el siglo XX se ve en la necesidad de dar un giro radical frente a lo que será la nueva cultura para el siglo XXI. Así lo admitió Correa de Molina (1999) cuando señaló:

Sólo un gobierno eficiente podrá impulsar un nuevo estilo de organización social centrado en el conocimiento. Si el siglo XX fue de grandes transformaciones sociales y avances científicos, el siglo XXI, tendrá que ser de profundas innovaciones sociales, políticas y humanas. (p. 93)

Especialmente porque surgen nuevas realidades y con ella nuevos problemas que abordar en estos tiempos hipermodernos. Lo que lleva a proponer también la necesidad de repensar la educación para poder formar al hombre –como sujeto de la nueva época- que queremos tener en esta nueva sociedad que se ampara en el conocimiento como materia prima de toda nación. Quizás por esto no dejó de tener razón Bauman (2008) al considerar que *“hacen falta ideas insólitas, proyectos excepcionales nunca antes sugeridos por otros y, sobre todo, la gatuna propensión a marchar solitariamente por caminos propios”*.(p. 40)

Surge entonces un nuevo paradigma en la educación que obliga a tener una nueva visión frente al fenómeno educativo en tiempos difíciles: asumir una educación divergente como la nueva etiqueta heurística del post-postmodernismo para formar alumnos creativos como principio para pensar

distinto. Ciertamente esto lo reconoció Morín (2000) al señalar: *“La educación debe favorecer la actitud natural de la mente para hacer y resolver preguntas esenciales y correlativamente estimular el empleo total de la inteligencia general”*. (p. 43)

Se dice incluso que en el futuro el poder de las naciones no se medirá por *“la cantidad de recursos, renovables o no, y la capacidad bélica que posean, sino por el número de hombres capaces de pensar y resolver los problemas que aquejen a la sociedad y al mundo”* (Drucker, 1995, p. 118). Entonces la educación será asumida como un arma de poder y los gobiernos estarán en la obligación de diseñar las mejores estrategias y ofrecer las herramientas para que sus ciudadanos obtengan una educación de primera: léase, divergente como la nueva etiqueta heurística.

Y estén en condiciones de tener la posibilidad de aprender a pensar, más allá de los libros de textos, a través de un pensamiento divergente, como pensadores de la época, para que se enfoquen en lo que importa. Aspecto que se reconoce cuando se señala: *“Dotar a los estudiantes de las herramientas necesarias para rendir, para contribuir y para que puedan emplearse es también el primer deber social de cualquier sistema educativo”* (Op.cit, p. 216). La educación divergente debe promover la dedicación a la excelencia para generar un compromiso con la excelencia y lograr que los alumnos mejoren un poco sus vidas cotidianas y sacar lo mejor de ellos, construyéndoles autoestima, para que desarrollen su capacidad de autodeterminación, y así será un impacto en el mundo al formar los espíritus creativos en la nueva lógica cultural.

Justamente ante estas nuevas realidades, que tocan todos los órdenes de la sociedad, es necesario repensar la educación, en todos sus niveles y

subsistemas, bajo el enfoque del paradigma de la educación divergente como la nueva etiqueta heurística en esta cultura de lo efímero en tiempos de transhumanismo. Esto con la intención de que la educación también vaya a la par de todos los cambios que se van suscitando y esté preparada para enfrentarlos inspirando a los alumnos a cambiar el mundo y dejar su marca en el universo con la posibilidad de trascender. Dado que no es suficiente hablar de cambios, sino que urge estar formados también para internalizarlos y asumirlos. Ese es el desafío de la educación del siglo XXI, en la sociedad del conocimiento, que es la era del mundo virtual, la era de la educación divergente, para poder formar al sujeto de la nueva época.

Repensar la educación es llevarla por los caminos de esas nuevas realidades para que no se pierda en el limbo epistemológico conceptual que exige esa sociedad postcapitalista, donde se predijo el fin de la historia con la ruptura de los modelos políticos con ideologías decadentes ante una crisis del Estado. Ideologías que atentaban y atentan contra la condición humana y que intentan hoy imponer nuevas identidades con la condición transhumana personificadas, entre otras cosas, en los cyborgs, vistos como las nuevas identidades del transhumanismo. Aun cuando predicaban una sociedad de iguales y donde desaparecerían las diferencias sociales y económicas. Grandes utopías que desafiaron la evolución y los entramados dialécticos que motorizan las sociedades humanas como parte de un proyecto inacabado pero que ahora navega en el océano de la condición posthumana.

Y que dio paso a su vez a lo que hoy se ha llegado a denominar como la globalización, entendida ésta como un mundo sin fronteras por ser estos momentos de tiempos líquidos. Y que se ha profundizado con la era virtual. Era que es la que verdaderamente ha marcado la ruptura de la vieja concepción de las fronteras, vistas desde su demarcación político territorial por la crisis

del Estado. Pero que con la tecnología ha abierto una brecha invisible que permite ir más allá de esa simple connotación política territorial que ante el desarrollo y avance tecnológico pierde sentido. Abriendo otros espacios que obligan a ver el mundo de un modo totalmente distinto ha como se lo venía tratando bajo la óptica del poder para la confrontación e imponer la dominación en tiempos de teorías post-postmodernas y la condición transhumana.

Bajo este universo tan diverso y complejo, de tiempos hipermodernos, si se reconoce que la educación es un asunto de humanos, de hombres, y hay que repensarla bajo el paradigma de la educación divergente –como la nueva etiqueta heurística-, entonces es lógico y valido que se sostenga que también al hombre se lo tiene que redefinir, es decir, tiene que ser un hombre divergente que no es más que un hombre que piensa creativamente como sujeto de la nueva época más allá de las nuevas identidades.

Esto porque si hay nuevas realidades educativas, y una nueva sociedad, entonces es necesario redefinir al hombre que esa nueva sociedad y esa nueva educación requiere para avanzar por la senda del porvenir que nos aguarda en el océano de conocimientos que nos conducirá por el horizonte del siglo XXI. Siglo que nos invita a entrar en lo que será la educación del Tercer Milenio. Un milenio de la era del mundo virtual, de la educación divergente, que trae una nueva lógica cultural.

La educación entonces amerita de nuevas formas, medios y modos para ser conducida por estas nuevas realidades que no son otras que las realidades del pensamiento divergente. Necesitamos tener no más sino mejores docentes. No es solo un nuevo docente lo que hace falta, sino una nueva sociedad y una nueva escuela preparada para recibirle en estos tiempos difíciles. Que estén

formados y preparados para enfrentar esos nuevos desarrollos tecnológicos. Y que se convierten en nuevas herramientas para transformarlos en educadores que piensen creativamente. Consideremos esto ahora: los alumnos sin docentes no pueden hacer nada; los docentes sin alumnos pueden hacer algo. Así lo vio Bauman (2008) al sostener:

Este es el tipo de conocimiento (o más bien prácticamente inspiración) que ambicionan los hombres y mujeres de la modernidad líquida. Quieren tener asesores que les enseñen cómo "marchar", antes que maestros que les aseguren que están recorriendo la única carretera posible, ya abarrotada.
(p. 40)

De modo que si surgen nuevas ideas no necesitamos solo nuevos docentes sino docentes que estén cónsonos con esas nuevas ideas y para esto están llamados los docentes divergentes. Docentes que entiendan que se requiere de un nuevo accionar frente a ese nuevo mundo que se está descubriendo y que se muestra desconocido y hasta ajeno en algunos casos porque hoy estamos frente al estilo de la vida digital y la nanotecnología como parte de una lógica de la fragmentación.

No es que frente al mundo virtual necesitamos docentes virtuales, pero sí que estén a la altura del desafío que representa este desarrollo tecnológico que impacta en nuestras sociedades emergentes. Donde aún los maestros se manejan con métodos, técnicas y herramientas tradicionales para cumplir con la sagrada tarea de formar al ciudadano que cada uno de nuestros países amerita, de acuerdo a su modelo político, para hacerle frente a esa crisis del estado.

Hoy en este nuevo mundo donde se impone lo tecnológico hay que estar preparados para educar: para enseñar y aprender a enseñar en el siglo XXI, siglo del Tercer Milenio. Pero tomando en cuenta –como refirió Drucker (1995)- que *“la tecnología será muy importante, pero principalmente porque nos debe obligar a hacer cosas nuevas más bien que porque nos capacite para hacer mejor las cosas viejas”* (p. 215). Más cuando los niños de hoy, no es que sean diferentes, sino que se distinguen de los de ayer porque poseen una profunda capacidad de autodeterminación que los mantiene a la vanguardia de la tecnología. Y aquí no sólo la socialización, sino la aproximación temprana con la tecnología, juega un papel importante para que se den esos cambios, que los mantienen convertidos en grandes almacenadores de información, porque hoy estamos frente al estilo de la vida digital sujetos a una nueva lógica cultural.

Cambios que son radicales y que afectan la manera tradicional de enseñanza y aprendizaje. Éstas son nuevas realidades para ese nuevo mundo educativo que se tienen que tomar en cuenta si no queremos permanecer rezagados, no sólo desde el punto de vista de nuestro desarrollo económico, sino también desde nuestro desarrollo intelectual. Entonces estamos llamados a fomentar y desarrollar una escuela diferente, es decir, una escuela divergente, que entienda cuáles sus obligaciones y hacia dónde apuntan sus responsabilidades en ésta nueva sociedad que se sustenta en el conocimiento para ofrecer ideas innovadoras en tiempos de hipermodernidad y nuevas identidades.

Ese compromiso que Correa de Molina (1999), de algún modo, reconoció cuando señaló que:

la escuela tiene una responsabilidad histórica que no le es exclusiva, cual es la de trabajar por contribuir a la

creación de condiciones suficientes y favorables para la formación integral de las sucesivas generaciones que por ella transitan y de esa manera, sin dejar pasar por alto, la dialéctica de las condiciones materiales e inmateriales que componen el complejo y conflictivo tejido social. (p. 132)

Y en este contexto un docente que tiene que repensar su rol, dejando de ser un agente pasivo para convertirse en un docente transformador de la realidad que lo circunda y promotor del cambio para alcanzar la era del pensamiento planetario como un docente divergente. Con ello no sólo estaría rescatando y reivindicando su status, sino asumiendo el protagonismo que siempre ha desempeñado en la historia de la humanidad y del pensamiento y así llegar a tener la posibilidad de trascender. Como conductor de los grandes cambios de las sociedades, heredado no sólo del mundo griego sino del renacimiento y apuntalado por ese gran movimiento intelectual e ideológico que representó la Ilustración y abanderado por los enciclopedistas en el siglo XIX.

Si ayer se habló del *"eterno retorno"* (Nietzsche, 1984, p. 62), hoy, más que en otro momento, se requiere de un nuevo retorno a las bases que fundaron esa nueva forma de pensamiento racional que se llamó filosofía y que hoy invita también a ver al mundo de la sociedad del conocimiento con nuevos ojos: con los ojos del paradigma del pensamiento divergente como la nueva etiqueta heurística. Esos ojos que permitieron –en otra época- encontrar el conocimiento en lo ordinario, una vez que se bajaron de esas alturas infinitas que buscaron siempre en lo extraordinario porque no se atrevían, por temor, a ver el entorno más allá de los ojos de lo divino.

En eso se está transformando para nosotros la era virtual. Por ello se requiere contemplarla de un modo distinto a como nos la están vendiendo las naciones

dominantes. Tenemos que aprender a verla a través de los ojos de nuestras propias realidades y nuestras propias posibilidades. Sólo así podremos interpretarla y comprenderla y verla no como una limitante, sino como una oportunidad para construir una sociedad cónsona con nuestras necesidades. Y que ya sabemos que es posible a través de la educación divergente como la nueva arma de poder al ofrecer una nueva manera de ver el mundo con nueva etiqueta. Porque, como indicó Bauman (2008), aún debemos *“aprender el arte de vivir en un mundo sobresaturado de información. Y también debemos aprender el aún más difícil arte de preparar a las próximas generaciones para vivir en semejante mundo”* (p. 46).

El fin de la educación

Todo en nuestra existencia tiene un propósito. Cada acción que emprende el hombre persigue algo. Esa misma razón que sostiene que el conocimiento siempre es conocimiento de algo, y que no puede existir conocimiento de nada. De modo que en la historia de la humanidad, que posiblemente no es más que la historia del pensamiento del hombre, en cuanto hombre, cuando se asume la postura de la educación como ideal se deja claro de antemano que hay una intencionalidad dado que la educación es un asunto de hombres. Lo que significa que está orientada hacia y para el hombre expreso.

En su evolución histórica cada Estado se ha apoyado en la educación para la conformación de su sociedad. Lo que se constata cuando se revisa cada modelo político, dado que de acuerdo a cada modelo político así estará orientada la concepción educativa. Significa que cada Estado, mediante su respectivo gobierno, procura formar al hombre bajo los preceptos del modelo político bajo el cual se espera que este conviva. Posiblemente aquí estriban

parte de las dificultades que se presentan cuando asume su propia concepción educativa de acuerdo a su estilo o forma de vida.

Así lo resaltó Velasco (1970) cuando sostiene que *“los diversos pueblos a través de la historia han tenido diversas concepciones y formas de vida política, social y religiosa, que se ha plasmado en ideales de vida y en ideales educacionales distintos”* (p.135). Lo que implica que el hombre es un ser social y como ser social necesita establecer normas de convivencia que le permitan vivir organizadamente. En esto estriba el *“principio de tolerancia”* (Voltaire, 2007, p. 91) que conduce a que los hombres se acepten los unos a los otros más allá de sus diferencias.

La educación en este sentido sirve como agente socializador a través de la escuela para que el hombre aprenda a adaptarse a lo que la vida en sociedad le exige. Sin embargo, se sabe que el hombre no es un ser realizado sino un ser para la realización, en vista de que le es dada su existencia y su esencia pero no en forma acabada. Esto significa que necesita formarse, y construirse, y esto sólo es posible a través de la herramienta que le permita superar su animalidad instintiva, dado que el hombre nace como un ser vivo, pero tiene que aprender a ser hombre y a ser humano. De aquí el papel fundamental que desempeña la educación en este propósito de orientar al hombre para el alcance su autorealización. Porque la educación –según Savater (1998)- es el *“acuñamiento efectivo de lo humano allí donde sólo existe como posibilidad”* (p. 87).

Visto así entonces el fin de la educación representa la justificación del para qué se educa al hombre y lo que se persigue al momento de asumir la responsabilidad de su formación. Sólo que este va a variar de acuerdo a la concepción educativa que tenga tanto el Estado como el grupo social al que

pertenezca el sujeto de educación. Pero más allá de todo esto, lo que debe quedar claro es que la transformación de éste sujeto tendrá como punto en común la reflexión que asuma el educador en torno a la realidad de él y la vida y la visión del mundo educativo que se haya formado a través de su desarrollo intelectual.

De modo que ese ser inacabado debe ser labrado, moldeado y pulido para que aprenda no sólo a ser sino a convivir junto, organizadamente, con los otros. Sujeto a las normas y a su respeto y entendiendo que la transgresión de las mismas implica una sanción. Pero más aún, entendiendo que no debe transgredirlas no sólo por el castigo que esto acarrea sino porque no es correcto, virtuoso, hacerlo. Dado que se estaría causando un daño no sólo a sí mismo sino al otro y a su propiedad. La educación aquí no sólo estaría brindando instrucción sino que estaría formando al hombre para la convivencia social y humana, estaría enseñando normas de cortesía y urbanidad. Y la escuela estaría sirviendo de tránsito entre la familia y la sociedad.

En esto hay un reconocimiento por parte de Velasco (1970) cuando asumió que:

la educación encuentra la justificación de su actividad en un fin que esta fuera de sí misma; pero a la vez toda concepción política, social, filosófica y religiosa, que tenga fuerza y desee tener estabilidad debe cristalizar en un sistema educacional que transforme a los hombres (p.137).

Significa que la educación más allá de los intereses del Estado o del grupo social, busca formar al hombre para que aprenda a aceptar y asumir la convivencia social: normas de cortesía y urbanidad. Y este es un punto de

convergencia donde se puede considerar que el fin de la educación es universal en cuanto a su preparación para la sociedad. En el caso de los romanos estos buscaban la formación del *vir bonus*, del buen ciudadano, para que aprendiera, como los griegos, a vivir y aceptar la ciudad, la *polis*.

Con esto no se estaría sino ofreciendo una manera nueva y diferente de ver el fin de la educación y otorgando a la Filosofía de la Educación un punto de vista distinto para asumir la reflexión sobre sus problemas, y al educador un nuevo paradigma educativo: el paradigma de la educación divergente que será un impacto en el mundo como la nueva etiqueta heurística en el Post-postmodernismo. En vista de *que "lo que la educación pretende como fin general es que al hombre no le falte nada de lo que en tanto que hombre le es preciso, o que el hombre tenga todo lo que, en tanto que hombre, debe poseer"* (Op.cit, p. 132).

De modo que la distancia es evidente, dado que está determinada por el arma más poderosa de todas: la de la educación, pero no de la educación convergente sino la educación divergente que persigue mantener un compromiso con la excelencia ofreciendo nuevas maneras de pensar, formando la generación del milenio, en tiempos de hipermodernidad.

Es posible que en todo esto los medios marquen la diferencia en el espacio y el tiempo, de una a otra sociedad y de uno a otro grupo social, pero lo importante es que el fin es común en todo ideal educativo: descubrir, hallar, lo que hay dentro de cada hombre y transformarlo, forjando su espíritu para que supere su estado de humanidad neófita y alcance la plenitud de ser, hoy, en esta nueva lógica cultural de nuevas identidades.

La educación como proceso

Si bien es cierto que al hombre le acontece la educación, esta no se le transfiere como un acto de magia. Si no más bien termina siendo el resultado de un esfuerzo particular y personal, las más de las veces, conducido por el educador en el recinto escolar y desde la institución que representa la familia, en una clara combinación de la educación espontánea e institucional. Lo que implica que en él se experimenta un cambio, una transformación, en vista de que *“se modifica, se trabaja, la humanidad del neófito”*, como ha dejado saber Savater (1998, p. 56). Por tanto, si existe un cambio hay movimiento y como tal se gesta la dialéctica, principio rector del universo en una clara armonía de contrarios. En pocas palabras: todo fluye, nada permanece, todo perece, en definitiva, se cumple el *“pánta reheí”* de Heráclito (1984, p. 46). Esto lo vive el hombre como sujeto único de educación y perfectibilidad de su naturaleza, en cuanto hombre, y como sujeto de la nueva época.

De aquí la razón de la educación como proceso, justamente por esa dinámica que experimenta y a la que es sometido y padece el hombre convergente, y para ello tendrá que transformarse en un hombre divergente que se distingue, precisamente, por tener una epifanía en estos tiempos líquidos. Proceso que en este *“cambio de época y época de cambio”* (Perez-Esclarín, 1999, p. 34) se transforma en una ocupación permanente y donde no basta con educar para la vida porque como tal este proceso se ha transformado en la vida misma, por tanto sólo concluye y puede concluir con la muerte. Más en estos nuevos tiempos donde justamente, se sostiene que *“la sociedad del conocimiento exige una formación permanente, a lo largo de toda la vida, capaz de responder a las exigencias de un mundo en cambio continuo”*. (Op. cit, p. 67)

Pero este cambio no es fortuito, requiere y exige un esfuerzo por parte del hombre como sujeto de educación. Todo esfuerzo es doloroso, sin embargo, como situación de tránsito éste lo *“vive en la escuela y lo mitiga con la amistad y el trabajo escolar”* (Velasco, 1970, p. 85), como parte del aprendizaje para entrar en convivencia con los otros en la sociedad y enfrentar no sólo sus normas sino su realidad. Ciertamente esto facilita la adaptación a la vida de los nuevos subgrupos en los que tiene que interactuar y coexistir.

En eso consiste la educación divergente, como ideal y como actividad intencional del hombre, en modificarlo, cambiarlo, y hacer de él un ser diferente, pero respetándole su autonomía porque él está decidido a trazarse su propio camino manteniendo la mirada puesta en el futuro con la posibilidad de trascender. De aquí el papel de *“la autoeducación”* (Brandt Blanco, 1998, p. 92), especialmente en la educación de adultos, que le permite al hombre irse forjando siguiendo su propio método y a través de sus propios conceptos, sin escaparse de la realidad y permanecer ajeno ante el resto de sus congéneres frente a los nuevos tiempos y sus realidades que invitan a repensar la educación como proceso, pero en un contexto divergente ante una crisis de significado ante la condición posthumana.

Y es que en esta *“época planetaria”* (Axelos, 1969, p. 44, Morín, 2000, p. 39), donde se habla de la Sociedad del Conocimiento y la Era Virtual, también hay que dar un salto planetario en materia de educación, y reconducirla por el camino de la educación divergente que busca alcanzar y desarrollar, la excelencia académica promoviendo una cultura de la creatividad para hacer frente a la cultura de lo efímero. Esto, si no queremos permanecer perdidos en un limbo epistemológico conceptual en lo que a educación se refiere en este siglo XXI, considerado como el milenio de las nuevas tecnologías. Invitando a repensar la educación y al propio ejercicio docente, no sólo como vocación y

magisterio sino en sus técnicas y metodologías que se van quedando desfasadas frente a los cambios que se producen, precisamente, con esas nuevas tecnologías. Por ello la imperiosa necesidad de una educación y un docente divergente para lograr una redefinición de los valores y hacer frente a la crisis del sujeto.

Esta circunstancia se transforma en un desafío hoy para el proceso educativo que invita a reinventarse ante lo vertiginoso de la propia dinámica hacia la que nos empuja este nuevo milenio en medio de estos tiempos difíciles que nos han tocado vivir. Y esto ya lo consideró Uslar Pietri (1982) en su momento. *“Repensar la educación –señalaba- tiene que partir en primer lugar de la eficiencia del sistema. Contestarnos abierta y francamente, ¿Quién educa? ¿Para qué educamos? ¿A quién educamos? ¿Y cómo educamos?”. (p. 228)*

Esto ya es una necesidad inocultable que va más allá de cualquier especulación, extrapolación, teleológica de la educación como proceso. Ante la cual no podemos permanecer ajenos y seguir amparados en una visión medieval –convergente- de la educación. Estamos llamados, entonces, a redefinir, reinventar, la educación y verla de modo divergente para avanzar en este proceso que requiere de la participación multidisciplinaria y transdisciplinaria para evaluarlo, pero donde se le respete fundamentalmente la autonomía, la autodeterminación, al educando que en estos tiempos está decidido a trazarse su propio camino con la posibilidad de trascender. Aspecto que, ante todos estos cambios que se experimentan, no puede variar porque sería descontextualizar al hombre como sujeto de educación y como sujeto de la nueva época.

Ésta es una conquista que logra el hombre porque goza de esa libertad que se requiere para formarse y autoeducarse una vez que ha alcanzado cierto

desarrollo físico e intelectual. Ya se ha señalado que, como proceso, la educación no se transfiere, sino que se va alcanzando resultado de esa dinámica que, como tal, representa una circunstancia que es permanente, continua. Y en estos tiempos líquidos, como actividad, la educación no concluye con títulos obtenidos, sino que se convierte, por las nuevas realidades y las transformaciones que acarrearán, en un proceso y ocupación para toda la vida que sólo concluye, y puede concluir, con la muerte.

De modo que la educación como todo proceso tiene un principio y un final, durante los cuales el hombre, como sujeto de educación, experimenta una transformación. Pasando de un estadio neófito a uno de desarrollo intelectual, durante el cual llega a ser, pero sin perder su naturaleza primera: su *"condición humana"* (Arendt, 2009, p. 22). Aspecto que, a grandes rasgos, lo hace saber Velasco (1970) al afirmar: *"El proceso educativo como todo movimiento, es, por de pronto, algo que le acontece a un sujeto, y significa el tránsito de un término a otro"* (p. 103).

Pero durante ese tránsito de la etapa primera del hombre, como sujeto de educación, es guiado, orientado y conducido, por el camino del aprendizaje, para que pueda alcanzar su pleno desarrollo. Y si es animado, de modo que despierte su hambre de saber y su sed de conocimiento, siga la senda de su formación por el camino de la autoeducación y heteroeducación –y desarrollando su capacidad de autodeterminación-, ahora vista como una actividad, ocupación, de toda la vida. Lo que garantizaría no sólo la autonomía sino la intencionalidad en el hombre divergente para formarse sin la cual el proceso educativo divergente no tendría razón de ser.

Claro que no se debe olvidar, más allá de si estamos o no de acuerdo, que en todo este proceso la relación educador educando desempeña un rol

significativo al igual que una serie de factores ante los cuales el hombre no puede permanecer ajeno e indiferente. Más cuando se reconoce que hay ciertas aptitudes humanas sobre las que no cabe la actuación de la actividad educativa. No en balde lo que si se debe admitir es que todo este proceso de educabilidad, no tiene otro propósito sino el de actuar racionalmente sobre esas capacidades que sí son objeto de educación impidiendo que el hombre baje a su animalidad instintiva.

Y los valores son un bastión fundamental para controlar y evitar que emerja y se desarrolle ese lado animal que mora en él. Que lleva a los criminólogos y antropólogos a señalar esto como razón por la que muchas veces fracasa la política criminal de un país, en vista de que hay individuos cuyas actuación desmedida ante el delito es parte del adiestramiento del lado animal e instintivo que hasta impide su reinserción en la sociedad.

Más allá de todo esto lo que si debe quedar claro es que la educación viene a desempeñar un papel básico, fundamental, dado que persigue la perfección de la naturaleza del hombre y que termina estableciendo un equilibrio, un control, sobre su parte racional y natural. Esto si se asume, al mismo tiempo, como una actividad intencional, donde él alcanza una plena conciencia de sí mismo. Lo que equivale a señalar que asume cuáles son sus obligaciones y hacia dónde apuntan sus responsabilidades en cuanto ser social.

No hay que olvidar el carácter social de la escuela como situación de tránsito y como espacio donde el hombre aprende a conocer las normas de convivencia social que le ayudarán a insertarse en la vida que la comunidad le ofrece. Pero que a su vez le permite ordenar sus capacidades humanas mediante la función de la razón – *“la edad de la razón”* (Sartre, 1977, p. 56)- que

termina imponiéndose sobre su lado natural no racional y hasta donde puede penetrar el accionar de la actividad del proceso educativo.

A manera de consideraciones finales

Hay que hacer que la gente común se enamore del saber, y éste ha de ser el compromiso del educador divergente, si queremos tener hombres decididos a trazarse su propio camino y dejar una marca indeleble en el universo del siglo XXI. El fin de todo es reducir la complejidad del proceso educativo. Por eso debe preguntarse, ¿cómo puedo facilitar, simplificar y mejorar el proceso de aprendizaje del alumno en esta nueva lógica cultural de nuevas identidades en el siglo XXI? Toda explicación debe ser fácil de entender y el educador divergente tiene que hacer el esfuerzo de no intimidar y simplificar, dado que está para ayudar a crecer al alumno, porque la educación divergente busca alcanzar, desarrollar, la excelencia académica del sujeto de la nueva época. Hasta ahora investigadores, y educadores, han tenido un norte que se ha enfocado en una visión convergente que simplemente los ha guiado en una misma dirección.

Ha llegado el momento de buscar diferentes direcciones que ofrezcan nuevas oportunidades, y nuevas maneras de pensar, porque en un desarrollo del proceso de pensamiento existen ciertos ingredientes que son fundamentales para ser inteligentes. De modo que esto permite afirmar que la creatividad está íntimamente vinculada con la capacidad imaginativa. Aspectos que, por lo tanto, se salen del campo de la educación convergente, para construir lo que será entonces el objeto de la educación divergente que tendrá como horizonte enseñar cómo desarrollar esa creatividad para incentivar el proceso de imaginación y así poder repensar los grandes relatos en materia de educación.

Referencias

- Arendt, H. (2009). *La Condición Humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Axelos, K. (1969). *El Pensamiento Planetario*. Caracas: Monte Ávila.
- Bauman, Z. (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Briceño Guerrero, J.M. (2007). *¿Qué es filosofía?* Mérida: La Castalia.
- Brandt Blanco, J. C. (1998). *Andragogía. Propuesta de Autoeducación*. Miranda: Tercer Milenium, c. a.
- Correa de Molina, C. (1999). *Aprender y enseñar en el Siglo XXI*. Bogotá: Magisterio.
- Drücker, P. (1995). *La sociedad Post Capitalista*. Colombia: Norma.
- Heráclito. (1984). *Fragmentos*. Barcelona: Orbis, s. a.
- Heidegger, M. (1990). *Ser y tiempo*. Madrid: Alianza, s.a.
- Morín, E. (2000). *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Caracas: Faces/UCV.
- Nietzsche, F. (1984). *La Genealogía de la Moral*. Madrid: Alianza, s. a.
- Pérez- Esclarín, A. (1999). *Educación en el Tercer Milenio*. Venezuela: San Pablo.
- Sartre, J. P. (1977). *La Edad de la Razón*. Buenos Aires: Lozada.
- Sartre, J.P. (1984). *El existencialismo es un humanismo*. Barcelona: Orbis, s.a.
- Savater, F. (1998). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel: s. a.
- Uslar Pietri, A. (1982). *Educación para Venezuela*. Barcelona: Lisbona.
- Velasco, C. (1970). *Apuntes de Filosofía de la Educación*. Valladolid: Lex Nova.
- Voltaire. (2007). *Tratado sobre la Tolerancia*. Madrid: Austral.